

# LIBRO TERCERO

DE LA

## VIDA Y FIN DEL GRAN CAPITÁN

GONZALO HERNÁNDEZ DE AGUILAR Y DE CÓRDOBA

### CAPÍTULO I

*Grave enfermedad del Gran Capitán, y elogio de sus grandes virtudes y cualidades* (1).

Pues como está dicho en el segundo libro de esta Crónica, Gonzalo Hernández el Gran Capitán, desde Gaeta se fué á Nápoles, adonde le tenían aparejado el merecido triunfo, y por la grande fatiga de la guerra, como es de creer, adoleció de una enfermedad grave y peligrosa, la cual por la gran furia que traía le apretó tanto que si no hubiera sido socorrido de las suplicaciones devotamente hechas por las iglesias, así por sacerdotes y frailes como por las sagradas monjas, los remedios humanos fueran pocos para su salud. Pero después de recobradas las fuerzas y saliendo mejorado de Capuana, donde había estado doliente, se fué á Castel Novo como habitación más sana y apacible, donde apenas en siete días pudo dar cumplimiento á las muchas visitas. La nobleza y todo el pueblo lo veneraban y cada uno según su opinión lo loaba: los unos la bella presencia del cuerpo y hermosura de rostro, otros de la gravedad de capitán, otros se admiraban de su excelentísima justicia con una maravillosa templanza de severidad y clemencia, pero todos se espantaban de su liberalidad merecedora de igualarse con la Majestad Real. Porque él había dado á capitanes ciudades y villas; y entre capitanes de caballos y infantes había repartido casas, villas, pose-

(1) En el original no hay epígrafe al frente de este capítulo.

siones, tenencias de fortalezas y había dado comúnmente á soldados. También había consignado promisiones ordinarias, particularmente á aquellos que habían sido valerosos, teniendo grande memoria en reconocer los merecimientos de cada uno con tanto juicio en el hacer las mercedes, que con justa estimación los envidiosos atestiguaban que no había dejado un solo soldado sin hacerle larga merced. Entre los otros dió á D. Diego de Mendoza á Melito; á Bartolomé de Alviano, en la Calabria, le dió la ciudad de San Marco; al Conde Pedro Navarro, en Abruzo, á Oliveto; á D. Juan de Cardona, hermano de D. Yugo, en el ducado de Benavente, á Avelino; y de estos á D. Fernando de Andrada, á D. Alonso de Carvajal, á Alvarado, á Diego García de Paredes, á Manuel de Benavides, á Antonio de Leyva, á Andrea de Capua, Duque de Termoli, dió muy grandes lugares. A los Coloneses Próspero y Fabricio Colona hizo recobrar los castillos que habían perdido en la guerra de franceses y recibieron de él muy grandes premios. En este hombre lleno de exquisita virtud florecían el juicio y la razón que era cosa de maravillar, especialmente no siendo enseñado en letras latinas, porque en aquel tiempo eran tenidas en poco de los caballeros nacidos para la guerra. Pero honrabá mucho á aquellos que eran doctos en ellas y deseaba de ellos que con sus obras le diesen eterna memoria. Jamás dió causa para poderse ofender la honra de las matronas de Nápoles, aunque con grande familiaridad y alegría tuviese entretenimiento con las señoras generosas, porque solía decir

que era locura muy grande de un Príncipe, que por un pequeño y fugitivo placer, procurase un continuo y gravísimo enojo. Pero en el Gran Capitán, allende del admirable concepto de las otras virtudes, relucía un resplandor de verdadera piedad, porque en todos los negocios, así de guerra como de paz, su mayor cuidado era anteponer la honra de la religión á todos los otros y defender la jurisdicción de la Iglesia, castigar malhechores y finalmente hacer todas sus obras tales, que los soldados, persuadidos por su ejemplo, pensasen la utilidad de la hacienda y las victorias haberles venido de la disciplina cristiana. Por lo cual nadie se debe maravillar si, manejando las armas con esta costumbre, Nuestro Señor Dios y todos los Santos tuvieron cuidado á levantalle y hacelle grande. Y ciertamente de esto fué muy evidente milagro que habiéndose hallado en tan grandes batallas y recuentros, nunca nadie le hirió ni le prendió. Casi en aquellos mismos días que los franceses fueron echados del reino de Nápoles, Cesaro Borja, llamado por sobrenombre el Duque Valentino, hijo del Papa Alejandro (de quien arriba se ha hecho mención) vino á Nápoles y fué puesto en prisión para ser llevado con las galeras en España por mandado del Rey D. Fernando, así como poco antes había acaecido á D. Fernando de Aragón, hijo de Federico. En aquel tiempo que el Duque Valentino fué llevado prisionero en España, la Reina doña Isabel estaba doliente con poca esperanza de salud, la cual murió pocos días después, con increíble dolor y llanto de Gonzalo Hernández, el cual confesaba que de su Alteza, como crecido y criado en su Corte, había recibido toda la grandeza de virtud y dignidad que desearse pueden.

## CAPÍTULO II

*En el cual se trata de la paz de los Reyes don Fernando de Aragón y Luis de Francia, y de la venida del Rey D. Felipe en España.*

El Rey D. Fernando hizo paz y concluyó el concierto con el Rey Luis de Francia y á la verdad por muchas causas, las cuales no son necesarias contarlas en este lugar, siendo diligentemente en nuestra crónica escritas. Fué tan bien ayuntado el parentado á fin que la concordia (la cual con dificultad se podía esperar después de tantos enojos con más fuer-

te atadura) se viniese á confirmar que el Rey D. Fernando, aunque viejo, tomase por mujer á Germana, hija de la hermana del Rey Luis. Era esta Princesa nacida de nobilísima sangre paternal en Gascuña, de la antiquísima casa de Fox. De esta Reina Germana era hermano D. Gastón de Fox, el cual representando la virtud del tío, habiendo hecho gravísimas cosas en breve tiempo, murió vencedor en la memorable batalla de Rávena. En el concluirse esta paz renunció el Rey Luis el derecho que tenía al reino de Nápoles, con que á los Barones que habían seguido la parte de Francia les fuesen restituídos sus estados, los cuales poseían antes de la guerra. Entre los otros fué el Príncipe de Salerno y Visiñano, Trajano, Caraciolo y Honorato Gaetano, y entre estos otros muchos recobraron la libertad, los patrimonios y las honras. Pero después que fueron celebrados los desposorios reales, no faltaron algunos de los Grandes de Castilla que llamaron á Felipe, hijo del Emperador Maximiliano (el cual era señor en Flandes) que viniese en España á tomar el reino. El Rey D. Fernando por recibir al yerno, se fué para allá donde se hallaron casi todos los señores de Castilla. De estos recibió Felipe muy grandes servicios, mucho mayores de lo que él esperaba, tanto que le vino un deseo de gobernar el reino, no pareciéndole del todo injusto ni deshonesto, si él excluía al Rey su suegro y tomaba aquellos reinos que voluntariamente le eran dados de toda la nobleza y con razón hereditaria de la madre le pertenecían, corrompiendo el ánimo de Felipe más que todos los otros D. Juan Manuel, el cual había estado muchos años por Embajador en Flandes. La cosa se redujo á término que el Felipe no venía con su voluntad á la presencia del suegro y ambos á dos á caballo se vieron poco rato el Rey en español y Felipe en francés con harto pocas palabras, y aquéllas no muy bien entendidas. El uno y el otro se saludaron, partiendo de presto D. Juan Manuel el razonamiento, á fin que el rey mozo, poco práctico en las cosas del mundo, no fuese prendado de los artificios del astutísimo viejo y dentro de poco rato (la cual cosa es apenas de creer) casi todos los Grandes desampararon al Rey D. Fernando, que inclinados cada uno y puestos en sus esperanzas, decían que se habían de servir á lo provechoso; y que muy más presto se había de adorar el sol cuando nacía que cuan-

do se ponía. Sólo entre todos D. Fadrique de Toledo, Duque de Alba, constantísimamente perseveró en la su antigua fe, que por ningunos prometimientos se pudo jamás mover ni atraerle á que con gran fe y singular virtud le quitasen del servicio de su Rey y señor. Pero el Rey (como á la verdad convenía á hombre de grande prudencia, pareciéndole que la furia de aquella obscura tempestad se habla de huir con el artificio de la disimulación con grave y oportuno consejo) determinó de irse de España y pasar á Nápoles, y esto por no ver ni oír los hechos ni las palabras de Felipo alterado contra él, las cuales luego que viniesen á sus oídos ofendiendo el nombre de la Majestad y la disimulase se le volverían en vituperio, pues tantos Grandes siguiendo al nuevo Rey ó por enojo ó por liviandad se le habían rebelado. Pues habiendo dejado á D. Fadrique de Toledo, Duque de Alba, hombre de singular gravedad y prudencia (el cual poco antes había mostrado señales de entera fe) para el gobierno del reino y llevando consigo á la Reina, con veinte galeras partió de Barcelona. Fué en su compañía D. Bernardo de Rojas, Marqués de Denia, y los ilustres caballeros de los reinos de Aragón, pasando en pocos días las riberas de Francia y Génova. Llegado que fué á Portofin supo la nueva cierta de la muerte de Felipo su yerno, por la cual aunque al parecer en lo intrínseco del corazón se había de alegrar, pero no dió muestras el Rey gravísimo de cosa alguna digna de aquel parentesco, el cual miraba el dolor de la hija y de tantos nietos quedando huérfanos de padre. Y quitados los aderezos reales (pero no cubierta de luto la galera capitana) en el principio del invierno allegó á la ciudad de Nápoles. Habíase visto pocos días antes en los catorce del mes de Setiembre una cometa á maravilla en aquella parte del cielo que miraba hacia el viento Maestro, tal que se decía que amenazaba á Flandes, porque no habiendo aún Felipo cumplido los veinte y cinco años de su edad, banquetearo al uso de Flandes y dándose á grandes ejercicios y debajo de un aire diverso, adoleció de una cruel enfermedad que le quitó la vida, habiendo dejado, allende los otros hijos, un hijo casi de siete años llamado Carlos, al cual hoy honramos por Emperador por la virtud de su ánimo y por la felicidad de sus hechos dignísimos del nombre de Augusto.

## CAPÍTULO III

*De cómo el Rey D. Fernando fué á la ciudad de Nápoles, y del recibimiento que se le hizo.*

Gonzalo Hernández, después que supo la nueva que el Rey había pasado al promontorio de Misano, metióse en un bergantín y fuéle á recibir y saltó en la galera real con tanta alegría de rostro, que bien demostraba que nunca hacia dudado de la buena voluntad del Rey para consigo. Al Rey le fué hecha en el muelle una puente y con solemne ceremonia fué recibido de los napolitanos, y con singular modestia desechó muchas cosas que le estaban aparejadas, como convenía á la venida de un nuevo Rey, y vestido de negro celebró las exequias de su yerno por salir después fuera en hábito real á los embajadores de los Príncipes y á los barones del reino. Gonzalo Hernández fué siempre visto en honrado y merecido lugar, y si algún soldado ó ciudadano (aunque fuese de baja condición) deseaba ser presentado y conocido del Rey, Gonzalo Hernández era el medio y singular demostrador de su fe y servicio, el cual nunca á nadie faltó de su sabor. Porque en ninguna cosa sentía tanto contentamiento cuanto en hacer placer y buena obra para ganar las voluntades de muchos; y muchas veces sin ser rogado voluntariamente llamaba á algunos por sus propios nombres que veía estar de vergüenza detenidos esperando alguna cosa difícil, los traía á besar las manos del Rey, y encomendábale sus negocios de tal manera que de la merced recibida quedaba la obligación en sólo Gonzalo Hernández, con el medio del cual prestísimamente se quitaba toda la tardanza del ánimo del Rey, y Gonzalo Hernández aspiraba á la gloria adquirida con singular virtud, la cual largo tiempo no podría durar ni pasar á sus descendientes, si ella no iba fundada con hondas raíces de ánimo grato y liberal. Por lo cual el Rey entre sí mismo, considerando que habiéndose habido un tan gran reino ganado y defendido por esfuerzo y valor de Gonzalo Hernández, tenía sufrimiento que todo lo que le pudiese se le debía de conceder, aunque las rentas del reino por la nueva guerra y por las muchas disensiones y mercedes estaban menoscabadas y de hecho se venían del todo á perder, pero el Rey no quería que le tuviese por ingrato. Había Gonzalo Hernández en aque-

llos días burlado de la diligencia y curiosidad de los tesoreros envidiosos, y á él enojados y pesados y al Rey poco honrosos, que siendo llamado como á juicio, para que diese cuenta de lo gastado en la guerra y del recibo asentado en la tesorería, y mostrando ser muy mayor la entrada que no era lo gastado, respondió muy severamente que él traería otra escritura muy más auténtica que ninguna de aquellas, por lo cual mostraría clara y patentemente que había mucho más gastado que recibido, y que quería que le pagasen todo el alcance de aquella cuenta como deuda que le debía la Cámara Real. El día siguiente presentó un librito y con un título muy arrogante con que puso silencio á los tesoreros y al Rey y á todos mucha risa. En el primer capítulo asentó que había gastado en frailes y sacerdotes, religiosos, en pobres y monjas, los cuales continuamente estaban en oración rogando á Nuestro Señor Jesucristo, y á todos los santos y santas que le diesen victoria, doscientos mil y setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales. En la segunda partida asentó setecientos mil y cuatrocientos y noventa y cuatro ducados, á las espías de los cuales había entendido los designos de los enemigos y ganado muchas victorias, y finalmente, la libre posesión de un tan gran reino. Entendida del Rey la argucia, mandó poner silencio al infame negocio, porque quién sería aquél si no fuese algún ingrato ó verdaderamente de baja ó vil condición, que buscase los deudores y quisiese saber el número de los dineros dados secretamente de un tan excelente capitán. El Rey determinó que viniese consigo en España el Gran Capitán, y dejando un nuevo gobernador gozar enteramente de todo el fruto y posesión del nuevo reino, pues que libre de la concurrencia de Felipo, su yerno (con el cual había estado algo diferente) pensaba muy pronto volverse á los reinos de España, habiendo acomodado los negocios y restituído sus tierras á los angoinos, los cuales habían perdido por la guerra pasada y por el beneficio de la paz, siendo libres de la prisión y recibidos todos en su merced y servicio. Y hecho Visorrey al Conde de Ribagorza, después de haber estado en Nápoles cinco meses, subió juntamente con la Reina en el armada, llevando consigo á Gonzalo Hernández, al cual hizo merced del ducado de Sesa con este privilegio:

«Nos D. Fernando por la gracia de Dios, Rey de Aragón y de Sicilia, de aqueude y de aliende Faro, de Jerusalem, de Valencia, de Mallorca, de Cerdeña, de Córcega, Conde de Barcelona, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Ruisellón, Marqués de Oristan y de Gociano, etc. Como los años pasados, vos el ilustre D. Gonzalo Hernández de Córdoba, Duque de Terranova, Marqués de Santángelo y Bitonto, y mi condestable del reino de Nápoles, nuestro muy caro y muy amado primo y uno del nuestro secreto Consejo, siendo vencedor hicisteis guerra muy bienaventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza de ella. Y asimismo por nuestro consentimiento como por apellidamiento del de muchas naciones juntamente para siempre nombre de Gran Capitán alcanzaste en Italia, donde por nuestro Capitán General vos envíamos. Por ende, pareciéndonos que era cosa justa y digna de Rey, para memoria perdurable de los venideros, dar testimonio de vuestras virtudes; y con tanto el agradecimiento que vos tenemos, daros y escribiros ésta, aunque confesamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentaste que parece cosa recia poderos dar digno galardón, de manera que aunque grandes mercedes vos hiciésemos, parecernosya ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acordándonos otrosí cómo enviado por nos por socorro en breve tiempo restituísteis en el reino de Nápoles al Rey D. Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reino de Nápoles, el cual fué muerto; después el Rey Federico, su tío y sucesor en el dicho reino, vos dió el señorío del monte Gargano y de muchos lugares que están cerca dél, por lo cual volviendo en España honradamente vos recibimos. Y acordándonos otrosí cómo enviándoos otra vez en Italia (requiriéndolo la necesidad y el tiempo) ganaste muy diestramente la Chafalonia, que es isla del Mar Jonio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la cual volviendo ganaste la Pulla y la Calabria. Por lo cual vos confirmamos y ratificamos é hicimos Duque de Terranova y Santángelo. Y finalmente, después de la discordia nacida entre nos y D. Luis Rey de Francia sobre la partición del dicho reino de Nápoles, estuvisteis mucho tiempo con todo el ejército con mucho seso en Barleta, donde venciste las

galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestilencia asaz, y de ahí tomaste á Rubo, do muy grande ejército de franceses estaba, dentro de veinticuatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta diste batalla á vuestros enemigos los franceses cuasi en aquel mismo lugar adonde venció Anibal á los romanos. Y de lo que es muy más de maravillar, que estando cercado, saliste á los que vos tenían cercado, en la cual dicha batalla mataste al Capitán General, y fuiste en el alcance desbaratando é hiriendo los franceses hasta el Garellano, adonde los venciste y despojaste de mucha y buena artillería, señas y banderas con aquel sufrimiento de Fabio, dictador romano, y con la destreza de Marcelo y la presteza de César. Y acordándonos asimismo cómo tomaste la ciudad de Nápoles con increíble sabiduría y esfuerzo, y ganaste dos castillos muy fuertes hasta entoncos invencibles, y de qué manera después asentaste real en medio del invierno con grandes aguas cerca del río Garellano, y estando los enemigos con grande gente de la otra parte del dicho río, los cuales pasados ya por una puente de manera sobre barcas que hicieron contra vos y los vuestros, no solamente vos retraísteis, pero, hecha por vos y los vuestros otra puente, pasaste de la otra parte del río, y dándoles batalla los venciste metiéndolos por fuerza por las puertas de Gaeta, la cual dada le fué á su capitán para que se pudiese ir por la mar, luego se vos rindió Gaeta con el castillo. Pues qué se dirá de vuestras hazañas, sino que de ellas perpetua memoria quedará, con la sagacidad y esfuerzo con que ganaste á Ostia, tan fuerte proveída de gentes y artillería de que tanto daño los franceses á Roma hacían. Los cuales por vos echados de Italia con los naturales de ella que los seguían, sometiste al reino de Nápoles á nuestro señorío donde mucho tiempo fuiste nuestro Visorrey, por ende, acatando lo susodicho, vos hacemos merced del estado y señorío del ducado de Sesa, etc....»

### CAPÍTULO III

*De cómo se vieron en Saona los Reyes de Aragón y de Francia, y de cómo hicieron liga contra venecianos.*

Gonzalo Hernández de Aguilár y de Córdoba venía de Nápoles y no se partió junta-

mente con el Rey, porque quiso primero con muy mucha cortesía y crecido cumplimiento despedirse de sus amigos y de todos los ciudadanos, y especialmente de todas aquellas señoras generosas y satisfacer á su honra, porque en ninguna manera ninguno quedase quejoso. Mandó pregonar públicamente con trompetas que del mayor al menor viniese á cobrar sus dineros si alguna cosa se les debía, y á sus capitanes y soldados les rogó y exortó que pagasen á los mercaderes y á otras gentes, si de algo eran deudores, dando á muchos de ellos dineros para que esto se cumpliese y para comprarse aderezos de sus personas con que volviesen bien tratados y en orden á sus tierras. Traía en su servicio una compañía de gente la mayor y más bien aderezada que la casa real. Dejaba en Nápoles tanto deseo de sí, que estando para embarcarse en la galera vinieron al muelle muchas señoras y con muchas lágrimas haciéndose á la vela, rogaron á Nuestro Señor Dios le diese feliz navegación y la vuelta que fuese presta. Pocos días después el Rey don Fernando siguiéndole Gonzalo Hernández, allegó á Génova, y los genoveses le presentaron dos fuentes de oro y muchas vituallas frescas para gente de mar, y aunque se diese prisa de ir á Saona, quiso primero ver y tocar el santo Catino. Este es un vaso que religiosamente se guarda en la sacristía de la iglesia mayor. Es una esmeralda de seis ángulos cebada á modo de un plato de vianda; fué ganada antiguamente esta joya de la victoria de Suria, y á pública honra de la ciudad consagrada á San Lorenzo. Había venido á Saona el Rey Luis de Francia por ver al Rey D. Fernando y á la Reina hija de su hermana, habiendo pocos años antes sojuzgado á los genoveses, los cuales echando fuera los nobles se le habían revelado, y quitándoles la libertad los metió encima de la cerviz una fortaleza junto al Faro. En aquel ayuntamiento ninguna cosa fué más ilustre ni al ver más notable que Gonzalo Hernández (al cual mandaron los Reyes que se asentase á su mesa). El Rey de Francia se maravilló y le loó mucho que con su grave aspecto, de la gentil disposición y con un rostro bellissimo representaba la semejanza de un varón antiguo; y confesó que, pues en él se mostraba tanto valor de ánimo y cuerpo, que méritamente era merecedor del nombre de

Grande. Dícese por cierto, que en este ayuntamiento ambos á dos los Reyes se lamentaron de la codicia de los venecianos, y determinaron de cobrar con las armas todas aquellas tierras que les habían tomado y las que contra su voluntad les habían concedido. No faltó Antonio Palavicino, genovés, embajador del Papa Julio, el cual persuadía su opinión á los Reyes, encendidós en aquel deseo, porque no podía con buen ánimo sufrir el Papa que las ciudades del estado de la Iglesia, que eran Arimino y Faenza, vacante la Sede Apostólica, hubiesen sido ocupadas por venecianos. El Rey de Francia estaba enojado que Cremona, Bergamo, Crema y Bresa hubiesen sido quitados del estado de Milán. El Rey de España tenía á mucho mal que las ciudades de la Pulla y de tierra de Otranto fuesen sujetas á venecianos. Fué partido este ayuntamiento cerca los primeros días del mes de Julio. El Rey Luis, encaminado para los Alpes por tornarse en Francia, y el Rey D. Fernando con buenísimo tiempo allegó á Barcelona. Los Grandes de Castilla y de Aragón fueron á la hora con grande prisa á recibillo, que pequeñas jornadas caminaba, alegrándose de su feliz y presta vuelta en estos reinos, mirándole á los ojos como á testigos del ánimo pacífico ó enojado. El Rey, con profundísima disimulación y grande artificio, mostraba haber olvidado todas las ofensas, y con grande alegría y demostración de ánimo clemente abrazaba á los unos y á los otros, tanto que quitaba la sospecha y el temor á muchos que merecían ser castigados. D. Antonio de la Cueva, caballero generoso y gentil cortesano, habiéndole venido á recibir con mucha risa y placer le dijo: «Y tú también, D. Antonio, me desamparaste en la Coruña». Este D. Antonio con apresurada lisonja fué á recibir á Fellop, el cual con mucha desenvoltura, porque el Rey le perdonase, respondió: «Así es, oh Rey mio, yo no lo niego, porque ¿quién habría creído jamás que un mozo de veinticuatro años, gallardísimo de cuerpo, el rostro fresco y colorado como una rosa, se había de morir en tres días?». El Rey, holgándose de su libre respuesta, con semblante alegre le dijo: «No te habría engañado el suceso del ligero consejo, si tú pensaras que un Rey clemente y legítimo pudiera muchos años vivir y felizmente reinar».

## CAPÍTULO V

*En que trata de la vuelta del Rey D. Fernando y la Reina Germana en España, y de la venida del Gran Capitán, y de los recibimientos que le fueron hechos al Gran Capitán.*

Estas palabras, amorosamente dichas y recogidas con placer de los que estaban alrededor, referidas á los otros, fácilmente quitaron á muchos la vergüenza y el temor. El Rey siempre en la próspera y adversa fortuna se mostró grave, y como acostumbrado á recoger y gobernar los ánimos de los suyos, perdonó humanísimamente á todos, y al Duque de Nájera y á D. Juan Manuel, el cual le había sido grande deservidor y enemigo. Partiéndose del Rey iban todos á recibir al Gran Capitán, que por la pesadumbre de una febrezuela se había detenido en el camino y había llegado en Valencia, adonde estaba la Reina Germana, que la gobernación de ella tenía; y mandó á todos los estados de aquella insigne ciudad de Valencia le saliesen á recibir, enviándoles los nobles de allí mulas y caballos bien aderezados para que desde el puerto á la ciudad él y los suyos viniesen. Muchos afirman, que allí se hallaron, que sólo palio (para ser recibimiento de un gran Príncipe) faltó, porque allende de la gente eclesiástica, que muy ricos y ataviados salieron con los grandes y caballeros, aquel día fueron vistas todas las señoras, damas y doncellas de la ciudad y tierra, estando las calles, plazas y ventanas tan llenas de todo género de hombres y mujeres, que decían había muchos tiempos que igual ni tanta gente fué junta en fiesta. Vinieron con él á las casas del Conde de Oliva, que le dejó libres, en que posase muy rica y lindamente ataviadas, en las cuales en cinco cuerdas hubo cinco camas de seda y brocado, y las salas de muy rica tapicería, entoldadas con mucha abundancia de olores, frutas y conservas, que los oficiales de este Conde proveyeron. Aquí el Gran Capitán, dende algunos días que habla tomado de reposo, mandó á los suyos que se aderezasen para ir á la Corte, y mandóles dar cinco mil varas de seda así á sus caballeros y gente como á otros que con él desembarcaron. Salido el Gran Capitán de Valencia con no menos acompañamiento que le fué hecho recibimiento, llegó á Burgos, do estaba el Católico Rey,

que mandó le fuese hecho solemne recibimiento, en que lejos de la ciudad salió en orden toda la copia de la Corte, Prelados, Grandes y Caballeros, Capellán mayor, Capellanes, Presidente y Consejo real, é Inquisición y Ordenes y Contadores mayores, y Comendadores mayores de las Ordenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, y los Comendadores de ellos y la Justicia real de la ciudad, y regidores y caballeros de ella, llegados á palacio. Do primero todos los suyos por orden besaron las manos al Rey, que alegremente los recibió, y al Gran Capitán para lo abrazar de la silla largo se apartó, y así le dijo: «Gran Capitán, la ventaja que á los vuestros lleváis en la guerra, en la paz vos la han tomado hoy». Con otras palabras muchas de placer; y en aquella orden que llegó á Palacio por el mismo mandamiento real le fueron á dejar en su posada, que fué las casas de Covarrubias principales de aquella ciudad excelente. Morando muchos días el Gran Capitán en la Corte, tuvo cargo de procurar con entera voluntad por los que en el reino habían hecho atrevimientos de los que suelen acaecer en ausencia del Rey, en el cual oficio aprovechó á muchos, á los unos que el Rey los perdonase y á los otros que les hiciese merced, en lo cual tardó más que él quisiera para ir á Santiago, que era jornada por él prometida y muy deseada; y antes que otros estorbos de ajenos negocios le ocupasen entró en aquel reino. El Arzobispo, que su venida supo, de improviso le hizo tal recibimiento cual á su persona convenía, saliendo él y sus Cardenales, clérigos y caballeros á lo recibir, y llegado á Santiago aposentóle en sus casas, ricamente aderezadas y entoladas. Y aquí dende algunos días el Gran Capitán adoleció. Este Arzobispo de Santiago, D. Alonso de Fonseca, usando de su ánimo liberal, proveyó tan abundantemente de de todo lo necesario á sus dolencias, que no sólo de la ciudad más de Portugal y Castilla mandó traer cosas necesarias para su cura, con más mandando en la ciudad y tierra que ninguna cosa se vendiese ni se diese para la casa y despena del Gran Capitán, ni para ningún caballero ni persona de las suyas, ca era tan abundantemente lo que de la despena y casa del Arzobispo se daba de todo linaje de pescados de mar y río, carnes, aves, vinos, conservas, frutas, con todo el mantenimiento

necesario de lejos y de cerca traído, que había para proveer mucho número de gentes. Y á sus oficiales tanta diligencia ponían en éste como si fuese su propio señor el enfermo. Tengo sabido de persona bien digna de fe que muchas personas extranjeras que allí en Santiago se hallaron con tomar nombre ser del Gran Capitán, á las vueltas tomaban de aquellos montones muy otorgadas raciones, y los mismos mayordomos los conocían ser extranjeros, y holgaban ser engañados de ellos. Puesto en mejoría el Gran Capitán para poder caminar, al tiempo que se quiso partir, después de los ofrecimientos que entre él y el Arzobispo pasaron (según costumbre de grandes y uso de señores) le dijo: «Aquí, señor, me parece que no menos vuestra casa sana el cuerpo que vuestra iglesia el alma; así es por cierto, mediante Dios, la diligencia que en mi dolencia han puesto vuestros criados y su gran solicitud me ha dado la salud».

## CAPÍTULO VI

*En el cual trata de cómo el Rey D. Fernando mandó derribar á Montilla y en recompensa de ella le dió al Gran Capitán á la ciudad de Loja.*

En aquel tiempo la fortuna, la cual luego que ha abierto la puerta á la envidia siempre se acrecienta mucho y amenaza con la causa de los males, con grandes ofensas hirió á Gonzalo Hernández, porque había venido á la Corte D. Pedro de Córdoba, hijo de su hermano D. Alonso, á visitar al tío, que entonces venía de Italia. Este, habiendo hablado al Gran Capitán (muy enojado porque el Rey no quería hacelle Maestre de Santiago, que se lo había prometido, como era de ánimo libre é impaciente á sufrir las injurias) desdeñado contra el Rey, se volvió á Córdoba, donde contra la voluntad real, con una cierta y perpetua autoridad heredada del abuelo y del padre, era tenido como príncipe y señor de la ciudad. Era D. Pedro por este grande favor de los cordobeses y por aquella ilustre grandeza al Rey grave y enojoso, y envió á mandar con Herrera, alcalde de Corte, á los Veinticuatro, que se deserviría si D. Pedro viviese en Córdoba, sino que se fuese á su casa, así como lo habían acostumbrado los otros señores de la casa de Córdoba. Este

mandato los Veinticuatro lo hicieron saber á D. Pedro, el cual recibió grande enojo y pena; y sin tardanza ninguna, movido de una precipitosa ira, mandó á sus criados prender á Herrera, y atado de manos y pies fuertemente, puesto encima de una acémila, lo dió á sus caballeros para que lo llevasen á Montilla: Era Montilla una villa de D. Pedro de Cordoba, su abuelo, cercada de fuerte muro con una hermosa fortaleza, la cual estaba aderezada de muchos ornamentos de mármol y era la mayor y más polida del Andalucía. El Rey, enojado grandemente, no dejando sin castigo el delito cometido porque tocaba á la Majestad Real, después que D. Pedro fué declarado por rebelde, determinó de castigalle con las armas y mandó proveer de lo necesario para el castigo. Gonzalo Hernández y el Condestable le suplicaron por D. Pedro con esta condición: que prometían á Su Alteza de traerle puesto de rodillas delante de sus pies á pedirle perdón, pues como mozo con ánimo ardiente había caído en aquel delito. D. Pedro, traído del autoridad del tío y del Condestable, vino á Corte y llegó á pedir perdón de sus atrevimientos. El Rey no quiso perdonarle, antes le desterró cuatro leguas apartado de la Corte y que no se pudiese alargar más de una jornada para poder ser llamado y volverse. Mandó con grave decreto que Montilla fuese asolada hasta los fundamentos para que sirviese de testimonio de la severidad real con los sediciosos caballeros. No pudiendo Gonzalo Hernández obtener con grandes suplicaciones que una memoria de la virtud paterna, edificada con tan graves gastos, y siendo la tierra donde él había nacido, dejase de ser arruinada, aunque para esto se valiese del medio de los Embajadores del Rey de Francia, á los cuales les parecía justa cosa que aquel que había ganado para el Rey cien ciudades é infinitas villas y castillos, en trueque de este servicio se le hiciese merced de un castillo. El Rey siempre estuvo firme en su mandato, pero con esta moderación: que en el lugar de Montilla, la cual con el Ayuntamiento del Andalucía en breves días había sido arruinada, á Gonzalo Hernández se le hiciese merced de la ciudad de Loja por mitigar con aquella dádiva el rigor de aquel castigo. Está apartada Loja de Granada cuatro leguas, puesta en un valle apacible, circuida de altísimos montes, ayuntando á esta

merced una esperanza de ánimo muy benigno que Loja pasase á sus herederos.

## CAPÍTULO VII

*En el cual se trata cómo Gonzalo Hernández se retrajo á Loja, donde por orden suya el Arzobispo de Toledo hizo una armada contra moros.*

Tornando adonde nos partimos, Gonzalo Hernández, enojado y desabrido, se retiró á Loja, buscando un ocio reposado de tantas repulsas y ofensas, hasta tanto que la envidia diese lugar y el ánimo del Rey, alterado contra él, se amansase. Estando así retirado (y con la memoria de los servicios se volviese á unos honestos pensamientos), pues habiéndose procurado un justo reposo estuviese dos años, cuándo en Loja, cuándo en Granada, contento con sus riquezas, que eran muchas de su gloria. No faltó en aquel tiempo de aquel reposo á fray Francisco Jiménez, Arzobispo de Toledo, de ayudarle en consejo y con capitanes y soldados, el cual, con ánimo religioso y noble pensamiento, por matar la envidia de las muchas riquezas que tenía, que aparejada una armada de doscientos navíos para pasar á Berbería, habiendo asolado con sus dineros catorce mil hombres entre caballos y peones, de los cuales era Capitán General el Conde Pedro Navarro, dado del Gran Capitán al Arzobispo. El Conde, con venturoso suceso, habiendo tomado el gran puerto de Mazalquivir, tomó por fuerza de armas á Orán, tierra noble que ya se llamó Barbaria, y con la misma furia echó del reino al Rey de Tremecén, habiéndole vencido en batalla. Después de haber vuelto el Conde Pedro Navarro en España con la corona de la victoria, tomó á Bujía, antiguamente llamada Vzicata, puesta en el golfo Holechachite, ciudad de Numidia, famosísima así por las riquezas como por el estudio de la disciplina liberal, siendo vencedor en dos batallas rompió á los moros, y habiéndola combatido valerosamente ganó la gran Lepti, hoy llamada Trípol. Las cuales cosas acabadas honradamente y con grande presteza del capitán y de los soldados, acostumbrados á la milicia de Gonzalo Hernández, adquirieron grandísimo loor y fama al capitán de la felice milicia. Estando en Loja en este reposo (que, á la verdad, tenía mues-

tra de un honesto destierro), no faltando en él jamás la grandeza de su consejo ni aquella excelente virtud, con la cual se había adquirido tanta gloria, con un mismo modo de un indómito valor medía las cosas prósperas y adversas. El Conde de Ureña preguntó á un gentilhombre de Gonzalo Hernández, que había venido á la Corte, diciendo cuán gran honro tiene el agua de Loja aquella gran nave, igualándola (como arriba dijimos) á la grandeza de Gonzalo Hernández. Siéndole referido á Gonzalo Hernández, respondió: «Decidle al Conde que la nave con muy buenos lados espera que la mar crezca para poderse levantar y dar las velas á los vientos, los cuales no suelen ser siempre contrarios». No faltó suceso á aquella apacible respuesta, pues antes de fenecer el año, estando el Rey en Burgos, le llegó certeza de la batalla que sus gentes y el Papa y venecianos y los más de la liga hubieron con los franceses cerca de Rávena; donde de la una parte y de la otra murieron la mayor parte de las dos huestes, en especial de los franceses, y fué necesario enviar gente nueva y capitán experimentado en Italia. Los descarriados, que eran la parte mayor, daban las voces por el Gran Capitán que en Roma cuando llamaban á Camillo, y con esta nueva vinieron cartas del Papa y de la Liga para el Rey que enviase á ella al Gran Capitán, en cuya ida estaba el remedio: que ir sólo de gente el nombre, yendo el Gran Capitán allá, sería tanto terror y espanto á los enemigos cuánto ánimo y placer tomarían los suyos. El Rey, que del Gran Capitán conocía ser diestro en el arte de las armas y muy diligente en el proveer de asentar la hueste donde menor daño recibiese y más proveído el real de mantenimientos y aguas y de las asechanzas y peligros de los enemigos estuviérase seguro, y el que primero se lanzaba en ellos, afectuosamente se lo rogó. «Yo, señor (dijo él), deseo tanto servir á Vuestra Alteza que á la más pequeña cosa de vuestro servicio porné mi persona, aunque pierda la salud de aquélla. Lo que suplico á Vuestra Alteza es me mande dar tanta y tal gente cuanto al negocio conviene y con ellos mande breve y largo cumplir». Aceptada la ida por el Gran Capitán á Italia, luego el Rey D. Fernando lo envió á denunciar allá, escribiendo al Papa y capitanes de la Liga que de improviso sería con ellos el Gran Ca-

pitán, que les enviaba en él otro Fulvio. Sabido que el animoso capitán Gonzalo Hernández volvía á Italia, la Corte se resonaba para ir con él, poniéndose en nóminas, en que en ellas se escribieron el Duque de Villa Hermosa y el Conde D. Fernando de Andrada y otros muchos caballeros amadores de guerras peligrosas y muchos valerosos varones é hijos de señores de estado y número de otras gentes sin número de muchas ciudades y villas que enviaron y otros que vinieron ansiosos de mudanzas de tiempos por verse hartos de bienes, que con la paz no les sobran. Ido á Palacio á besar las manos al Rey y despedirse para se ir, fué tan acompañado de los señores y grandes que en la Corte se hallaron, cuanto á su persona convenía. La misma compañía salió de la ciudad hasta la fin del día, y algunos Grandes hubo que esa noche vinieron á aposentarse con él. Aquellos vueltos, con muchos caballeros y gente se vino á Antequera por estar cerca del embarcar en Málaga, y como las cosas de Italia fueron mudadas en mejor estado, cesó su pasada; y muchos de los caballeros, y otros que vendieron parte de sus rentas y patrimonios para ir con él, fiándose de ellos larga y cumplidamente cumplió con ellos, y hecho escrito de lo que les mandaba dar, un su criado, visto aquel ser en mucha cantidad: «Vuestra señoría lo vea (dijo él) que más monta de sesenta mil ducados lo que á estos señores se les da». «Dadlo, que para usar de ello lo quiero, que el gozar de la hacienda es repartirla».

## CAPÍTULO VIII

*Del razonamiento que el Gran Capitán hizo á los caballeros que querían pasar con él en Italia.*

«Bien es, caballeros, que sepáis cómo el Rey nuestro señor me envió á mandar que esta nuestra pasada en Italia sobresea hasta Marzo, porque así cumple á su servicio, y que los que aquí conmigo estáis, sus continuos y criados, vais á su Corte y que de los otros caballeros le envíe copia, porque de todos se tiene por muy bien servido y quiere haber memoria para vos lo galardonar y hacer mercedes. De mi parte vos tengo en merced la voluntad con que, señores, habéis venido á servir á Su Alteza en esta justa jornada».

porque con tal compañía esperaba en Dios le diéramos buena cuenta de nuestras almas y al Rey de su encomienda y á los enemigos de la Iglesia de vuestra virtud resplandeciente en maravillosa memoria, según la santa y honrada empresa que tomasteis. De donde os quedo, señores, tan obligado que á todos tiempos que menester sea poner mi persona y casa por cada uno de vos, lo haré de tan alegre voluntad como pesar siento de vuestro apartamiento. Bien quisiera que fuéramos en esta guerra para que viérades las maravillas de Dios con la soberbia de los enemigos que allá nos llevaban enredadores de ella; los cuales franceses, aunque asaz valientes, varones no iguales de vuestra dureza y esfuerzo, porque caso que se ayudari del saber, vosotros de aquél y más de la osadía, que estimo en mayor precio que su grande hueste, la cual no es cosa ligera de ordenar, porque más estorbos reciben de sí mismos que de los enemigos, por ser como es la multitud de los franceses gente desordenada para pelear con los pocos bien regidos. Quanto más que de vosotros, señores, conozco que estáis en carrera de bondad, con la cual ayuntáis el amor que tenéis á los trabajos y peligros de las armas. Una cosa es bien, señores, que sepáis: que si fuérades en Italia al tiempo que se escribían los romanos para ir en hueste, sus caudillos no os pidieran los votos que juraban los que iban en ella, ni menos en vuestro tiempo Celandio no pregonara en su hueste que el caballero que desamparase su estancia fuese público enemigo del Emperador. Casos he visto de improviso tan tristes con esta no pasada, que da razón la cara de lo que tenéis en el alma, y, señores, no lo debéis hacer, porque si esto no fuese en nuestro favor, ni Dios lo querría ni Su Alteza lo mandaría, antes aquell) es por más mejor nuestro, pues más seguro es que á un punto peligroso que de muchas partes viene se empeora la guerra. Bien veo, señores y honrados caballeros, que la saña, de toda razón enemiga, ha engendrado en vuestros ánimos, con esta nueva, nueva ira, porque más quisiérades allegamiento de batalla que alargamiento de tiempo por arrebatar la victoria con gran fama de virtud, do dejárades tan gran memoria de gloriosa fama á vuestros descendientes, como la que heredasteis de vuestros mayores; pero como todo esto procede de Nues-

tro Señor, á él se le dé loor. Y pues las cosas de la Iglesia y de Italia van cada día mejorando, mediante las fuerzas y esfuerzo de la gente que allá está, á los cuales bien así como por ello les será otorgado honra, no menos á vosotros merecimiento de gloria, pues para les ayudar llegasteis á este lugar donde de vosotros, señores, se ha conocido, no por premia, más por premio de virtud habéis querido tomar trabajo loable. Al Rey nuestro señor he escrito suplicándole vos mande á todos satisfacer y pagar los gastos y expensas grandes que para este camino habéis hecho; bien espero así los que sois de Ordenes en aquéllas, y á los otros en sus naturalezas, seréis de Su Alteza bien y largamente gratificados. En lo que á mí toca, es que no vos pagaré ni podré dar á todos lo que debo á uno en especial, considerando cuán señores sois y de quién venís y cómo venís; pero sé que más miráis á lo que puedo que á lo que debo y tomaréis aquello con aquella gana dado, que el dinero que ofreció la buena y santa mujer, que será lo que acaece cuando misa encargáis, que dais un real y es de precio infinito». Acabado este razonamiento, muchos de aquellos caballeros, no pudiendo tener el lagrimar ni disimular el pesar, á cabo de alguna distancia de tiempo pidieron á Rodrigo de Viveros por todos respondiese al sentimiento grande que de la nueva hubieron, el cual así dijo:

«No será necesario decir á vuestra señoría la tristeza que estos caballeros han tomado con la habla que les ha dado, pues su misma alteración lo muestra; de que nos pesa tanto, que otra ninguna nueva nos hubiera alterado más. Porque se alegraban cuanto se alegrar podían en ir á Italia con Cónsul resplandeciente en dignidad y gloria y experiencia de guerra, que es parte principal de la empresa; porque presente vuestra virtud poco temor tenía á toda multitud, pues otro Salinator llevábamos por avanguardia, en especial yendo á empresa de la defensión de la Iglesia y con capitán que su uso es ayudar lo perseguido, á cuyo ejemplo deseamos vivir. Bien quisiéramos, señor ilustrísimo, que pues no han valido amonestamientos con los franceses en Italia, vieran vuestras fuerzas en Francia, porque de aquéllas, en Dios fiándonos, resultarán dignidades, riquezas y honores que son debidas á los vuestros por el gran poderío y

gloria de vuestra excelente persona, porque ante los ojos teníamos esta pasada nos fuera honor increíble, pues que íbamos con caudillo que sus bienaventuradas hazañas y loables vencimientos de batallas dan claridad en el mundo, de que toda sana boca habla. El pesar que estos caballeros tienen, melecina es con que salen que vuestra señoría ilustre los tiene por perpetuos servidores y por tales humildemente pedíamos haya memoria de nos mandar, pues aquella misma retenemos para obedecer y agradecer la benevolencia con que nos ha tratado».

Idos estos caballeros á sus posadas, este Gran Capitán se fué á su cámara, do les mandó enviar dineros y caballos, plata, oro, brocado y sedas y ropas y perlas á cada uno, según quien era y costa traía, y no menos á los que estaban en Córdoba, Málaga y en otras partes aposentados, y aquella misma cura tuvo de los alabarderos de la guardia del Rey y gente de caballo de aquélla y de otros oficiales, personas que de grandes y de otros señores se habían despedido para ir con él en esta jornada, á lo cual todo, como fuese presente un su criado: «Estos caballeros y gentes (dijo aquél) á serviros, señor, vinieron, y para que repartiédes de lo ajeno y conservar lo vuestro, hoy veo lo que dice Fectora, que naturalmente nacen los hombres liberales. O, señor, como esta vuestra cámara tiene suelo y en vuestra casa no lo de Craso; ca en este repartir debe vuestra señoría ilustre seguir lo que dice Valerio, que así como hombre no ha de dar más poco de lo que debe, menos debe dar más de lo que puede; que si Scipión y otros Príncipes daban dádivas crecidas á los guerreros, era del despojo de los enemigos. No sé yo, señor, qué exceso hicieron estos vuestros bienes, con tanto polvo y peligro ganados, que así los metéis á saco, que por cierto no se lee en un día dar uno de lo suyo propio lo que habéis dado á muchos de lo vuestro. ¿Qué más haría vuestra señoría al enemigo en su propia casa de lo que hacéis hoy en la vuestra?» Al cual respondió: «Anda, vete, amigo, ca las leyes de la guerra son ser el capitán clemente y tener mano larga y boca prudente. Ese consejo que me das, serme ha de mala digestión, por no lo haber acostumbrado en ninguna de mis edades, ni sería bien aconsejado si de nuevo lo principiase. E cosa conveniente es al que tiene

cargo de gente no menos la franqueza que el honroso ejercicio de la guerra, la cual como el capitán ha de punir corto debe repartir largo, pues no menos es de culparle ser vencido por liberalidad que por armas. Mira que estos caballeros ven y yo lo siento cuán gastados están, así en el ornamento de sus personas como en el gasto que los suyos cada día les hacen, y si volviesen á sus tierras pobres, sus vecinos aborrecerían el oficio militar, que es más noble. Acuérdate de aquella palabra que decía ese Scipión, que más quería conservar un caballero que destruir mil enemigos. Ca bien ves que si nos faltare caudal, no nos faltarán amigos de verdad, que el varón no se ha de someter á bajos pensamientos, pues la razón á lo más bueno nos lleva».

#### CAPÍTULO IX

*De cómo el Gran Capitán vino á la ciudad de Loja, donde adoleció, y fué á Granada, do feneció.*

Esta fama derramada de la liberalidad y alegre conversación que con estos caballeros y gentes el Gran Capitán hizo, creció en los corazones de los hombres tenerle tanto amor, que todos unánimes deseaban servirle y seguirle; y así con él y con la Duquesa su mujer vinieron acompañándolos hasta la ciudad de Loja, que le fué dado con la justicia y tenencia de ella para su aposentamiento. Aquí tornó á hacer nóminas de segundo repartimiento tan colmadas como la otra vez, y en estas liberalidades se conoció dél, que tanto se realegraba en el dar, cuanto penas, gemidos y cuidados tienen los avarientos en el guardar. Quedaron con él cincuenta caballeros de sus continos y criados, con otra mucha gente, á los cuales tenía en uso de vivir sin bullicios, limpios de reniegos, juegos, adulterios, y en esta observancia moraron allí casi tres años, usando marido y mujer de aquel su oficio de liberalidad y caridad, do dieron testimonio hacían vida conforme la voluntad del que da la vida. En aquel reposo estuvo cerca de dos años, siempre ocupado en un honrado ejercicio, pensando en cosas altas y grandes conformes á la grandeza de su ánimo. Había enviado con grande gasto y diligencia por todas las ciudades que tienen nombre de Principado, no solamente en Europa, más en Asia y

en Africa, hombres muy bastantes para que con grande diligencia y cuidado le hiciesen saber lo que se hacía en tiempo de paz y de guerra. Tanto que cada día acaecía, que siendo avisado de cosas maravillosas y de grande importancia, las contaba á los que se hallaban presentes, y con grande artificio las escribía á los ausentes. En el término de estos dos años que su vida se acabó, acontecieron maravillosos acaescimientos, muy al contrario de los que muchos tiempos antes habían sucedido. El mundo todo estaba revuelto en guerra, que muerto que fué el Papa Julio, el cual ninguno fué mayor ni más valeroso en defender y acrecentar la reputación de la Iglesia, le sucedió León décimo, grande favorecedor de hombres letrados, y procuraba volver al mundo la edad dorada. Coronóse aquel mismo día que hizo un año, y encima el mismo caballo que fué preso en la sangrienta batalla de Rávena, entró triunfando debajo el palio. Pocos días después entendió que monsiur de la Trimolla y el Triultio, ilustres capitanes de franceses, habían sido desbaratados en Novara por unos pocos de suizos que les dieron encima. Y que Enrique, Rey de Inglaterra, habiendo hecho liga con el Emperador Maximiliano, había pasado en Picardía con un grueso ejército, y en pocos días, rompida la caballería de Francia, había tomado dos nobilísimas ciudades, á Terovana y Tornay. En aquel mismo tiempo Jacobo cuarto, Rey de Escocia, rompió su ejército de escoceses por Habardo Surejo en Tuedo, y fué en batalla vencido y muerto. No habiéndose cumplido un mes después de este suceso, fueron los venecianos vencidos en Vicencia en una sangrienta batalla por D. Ramón de Cardona y Próspero Colona. Con estos sucesos, muy conformes á los deseos del Rey D. Fernando, se mezclaban con mayor contentamiento las batallas extranjeras de los nuestros con los Reyes bárbaros. Hecha que fué la paz entre franceses é ingleses, el Rey Luis se casó con la hermana del Rey Enrique de Inglaterra, y siendo viejo y flaco, murió en el medio de las fiestas y regocijos de sus bodas, y había sido declarado por el Rey Francisco de Valois su yerno. A Ladislao, Rey de Hungría, se le habían levantado los villanos, y puestos en armas (de los cuales era su capitán Bornamisa), había tenido una peligrosa guerra, y siendo vencedor, los castigó meritamente. Constantino

Rutheno, capitán de Segismundo, Rey de Polonia, en Sinolencho, encima al Boristene, en una grande batalla había vencido una infinidad de moscovitas. En Levante, Selín, de turcos, y Sofi Ismael, de persianos, Reyes grandísimos y poderosos, teniendo ambos guerra, tal fué el suceso, que habiéndose dado una sangrienta batalla en Artajersa, ciudad de la Armenia, en la campaña de Calderan, fué vencedor Selín, y el Sofi se retiró dentro de la Media. Pero muy más honradas y apacibles se mostraban las cosas que en este medio eran escritas de las victorias de los portugueses, habiendo venido nueva muy cierta cómo con grande armada habían pasado el postrer cabo de la Etiopía hacia el polo Antártico y habían sojuzgado casi todos los Reyes de la India al largo del Árábico y el Pérsico, mares muy grandes y extendidos, y habían llegado á Malaca del Chersoneso y hasta la isla de Samotrán, hallando asimismo la tierra donde nace la especería, y por todas partes habían atemorizado innumerables ejércitos de aquella nación con solo disparar el artillería de bronce. Con el mismo contentamiento y mayor gloria de castellanos, se platicaba del Nuevo Mundo y de los desapiadados pueblos de los caribes, habiendo el armada del Rey D. Fernando descubierto la Nueva España, adonde se hallaba tanta cantidad de oro, perlas y joyas, que bastaban enriquecer en España, no solamente la facultad pública, más aun las privadas. Pues mientras Gonzalo Hernández en estos ejercicios (no con natural sino con una forzada alegría) pasaba su vida, adoleció de enfermedad de cuartanas en el mes de Agosto, de la cual dolencia sus días fenecieron en Granada, de edad de sesenta y dos años y dos meses, á dos días del mes de Diciembre de mil y quinientos y quince años; estando rodeado de su mujer é hija, criados y servidores y sabios y claros religiosos, á arbitrio y parecer de los cuales repasó y corrigió su testamento y comunicó su vida pasada; y recibió con tiempo los Santos Sacramentos de la Santa Iglesia con tantas lágrimas y devoción, que dieron fe de su buen fin. Hizo de nuevo grandes mandas y limosnas, allende de las hechas, con más cincuenta mil misas que le dijese en aquellos monasterios é iglesias que más necesidad tuviesen. Fué depositado su cuerpo en la capilla mayor de San Francisco de aque-

lla solemne, nombrada y gran ciudad, con grandes llantos y gemidos del pueblo y tierra que concurrió á las honras, donde todas las dignidades y beneficiados, del cabildo, de la iglesia mayor y capilla mayor y capellanes de la capilla real y clérigos de las iglesias y religiosos de los monasterios de la dicha ciudad, vinieron los nueve días de sus honras, en que se hallaron Presidente y Oidores de nuestra Audiencia Real, y Marqués de Mondéjar, Conde de Tendilla con los Veinticuatro, y los otros caballeros de ella, con más los señores de Baena y Aguilar y Alcaudete y Palma, con sus hermanos, hijos y deudos y muchos otros caballeros que del Andalucía vinieron. Estaban puestas en la iglesia y alrededor de la tumba, que representaba su busto, doscientos estandartes y banderas, y dos pendones reales que había ganado en batallas á los franceses y sus secuaces, con las señas que tomó á los turcos cuando la Chafalonia les ganó. Al Católico Rey llegada la nueva de esto, á la buena y clara vida ser trasladado el Gran Capitán, hizo mucha demostración de dolor y sentimiento con derramamiento de lágrimas, y tomó loba negra, y los Grandes y caballeros de la Corte tomaron luto. S. A. dijo palabras que daban á entender el grande amor que le tenía, y mandó que le fuesen hechas solemnes honras en su capilla y corte.

LETRA DEL REY CATÓLICO Á LA DUQUESA DE TERRANOVA, MUJER DEL GRAN CAPITÁN

«Duquesa prima: Vi la letra en que me hiciste saber el fallecimiento del Gran Capitán, y no solamente tenéis vos muy gran razón de sentir mucho su muerte, porque perdiste el marido, pero téngola yo de haber perdido tan grande y señalado servidor y á quien yo tenía tanto amor, y por cuyo medio con el ayuda de Nuestro Señor se acrecentó á nuestra Corona real el nuevo reino de Nápoles, y por todas estas causas, que son grandes (y principalmente por la que toca á vos), me ha pesado mucho su muerte y con razón. Pero, pues, á Dios Nuestro Señor así le plugo, debéis conformaros con su voluntad y darle gracias por ello y no fatiguéis el espíritu por aquello en que no hay otro remedio, porque daña á vues-

tra salud. Y tened por cierto que lo que á vos y á la Duquesa vuestra hija y á vuestra casa tocare, terné siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitán nos hizo. Por ellos y por el amor que yo os tengo, miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo veréis por experiencia, placiendo á Dios Nuestro Señor, según más largamente vos lo dirá de mi parte la persona que envío á visitaros. De Trujillo á tres de Enero de mil y quinientos y diez y seis años. Yo el Rey. Por mandado de S. A., Pedro de Quintana. Por el Rey, á la Duquesa de Sesa y Terranova su prima».

LETRA DEL PRÍNCIPE REY Y EMPERADOR Y SEÑOR NUESTRO Á LA DUQUESA DE SESA Y TERRANOVA

«Duquesa prima: Yo he sabido el fallecimiento del nombrado Gonzalo Hernández, Gran Capitán, Duque de Terranova, vuestro marido, al cual (por lo mucho que merecía y por el valor de su persona y por los muchos y señalados servicios que á los Católicos Rey y Reina, mis señores en honra, conservación, aumentación de sus reinos y de su Corona real y de los naturales de ellos hizo), yo le deseaba ver y conocer para me ayudar y servir de su consejo y gozar con su persona. Y pues ha placido á Dios que yo no pueda cumplir tan justo deseo, él le ponga en su gloria, y debemos haber por bueno lo que hace y conformarnos con su voluntad, y así os ruego que lo hagáis y que os consoléis, pues hay razón para ello, así por el nombre y gloria de sus obras y fama como por la obligación que para siempre queda á todos los Príncipes de España, para tener en memoria y honrar sus huesos y conservar y acrecentar su sucesión. Y si para consolación de vuestra viudez y de vuestra persona y casa deseáis que se haga algo, en tanto que me aderezo para ir á esos reinos, que será presto, placiendo á Dios, hacérmelo saber. De la villa de Bruselas á quince de Febrero de mil y quinientos y diez y seis años. El Príncipe. Por mandado del Príncipe, Gonzalo de Segovia, por el Príncipe.